

III.

EL CONVENTO DEL SINAI.

La jornada del día siguiente fué una de las mas malas que habíamos hecho : el camino estaba cubierto de multitud de guijarros lisos que formaban un lecho movable, sobre el que se escurrían á cada paso los piés de los dromedarios. Entrábamos en las gargantas inmediatas al Sinai, y el calor aumentaba todavía con el reflejo del sol en las peladas montañas por cuya falda íbamos. Jamás la parada habia sido tan vivamente deseada; así apenas llegamos á ella, nos echamos bajo nuestra tienda. Por la primera vez desataron los Arabes las cubiertas de sus dromedarios para procurarse un abrigo sosteniéndolas con sus largas lanzas. Los mismos camellos, esos infatigables corredores del desierto, parecia que sentían la dura influencia de aquella jornada. Alargaban lánguidamente el cuello, y excavaban la arena con sus hocicos para buscar bajo la primera capa la frescura que faltaba en la superficie. Sin embargo, por mas necesidad que tuviésemos de descanso, la parada fué corta. Era preciso marchar temprano para llegar antes de la noche, á fin de elegir sitio donde acampar. Entrábamos en la region de las serpientes, de los lagartos y demás reptiles.

No se sentía un soplo de aire, el calor era sofocante, las horas parecían eternas, las preguntas acerca de la distancia que habia que recorrer eran siempre eludidas por la famosa respuesta : *Allí está*, acompañada del correspondiente gesto. La lengua se pegaba al paladar, y los rayos del sol que nos daba de frente nos quemaban el rostro. Este fué el momento que eligió Bechara para dar á su canto una extension y un tono desconocido hasta entonces para nosotros. Parecia por lo demás que aquella infernal temperatura excitaba la alegría en los Arabes, porque un coro general contestó á su primera estrofa, y se repetía exactamente en todas las demás. Nada conozco que canse mas que la música armoniosa cuando se tiene mal humor; se comprende, pues, cómo debia alterar mis nervios aquella algarabía que oíamos. Eso me hubiera sucedido si con la sed, la fatiga y el calor que experimentaba hubiera podido en una magnífica butaca de los Italianos oír el duo de la *Sonámbula* ó la cavatina de *Don Juan*. Júzguese, pues, qué no seria oír encaramado á quince piés de altura en una silla de madera y con el trote del camello una aria de Bechara y un coro de beduinos. Sin embargo, era yo demasiado atento para imponer silencio á los melómanos, quienes por otra parte parecia que encontraban tan agradable su concierto que hubiese sido un cargo de conciencia desenganarlos. Aproveché una pausa para pedir á Bechara la traduccion de los versos que cantaba.

— Hé aquí, me respondió describiendo con el brazo un semicírculo que abrazaba toda la comarca que teníamos á nuestra vista, hé aquí nuestro país; nuestra tribu está allí; vamos á volver á ver á nuestra familia, nuestras mujeres y nuestros hermanos.

En seguida volvió á entonar su cancion de saludo á la patria, y á cada ritornelo, repetido por los Arabes, los dromedarios, como si hubiesen tenido tambien hermanos, mujeres y una familia, saltaban igualmente de alegría como los collados de la Escritura. Aquella alegría general fué interrumpida por el Arabe que marchaba á la cabeza. Arrojó

un grito, extendió su lanza hácia el horizonte. Siguiéron nuestras miradas la direccion indicada, y vimos un punto negro al otro extremo del valle. Tonaleb hizo una seña, y Araballah se lanzó á todo el galope de su dromedario, el cual le llevó con tan maravillosa rapidez que fué empujándose por momentos, y á los diez minutos parecia un segundo punto de la misma direccion que el que le habia llamado la atencion. No tardamos en verlos ir aumentándose en proporciones á medida que se aproximaban al volver. Como nosotros ibamos andando para salirles al encuentro, nos hallamos á muy poco tiempo con ellos. El nuevo llegado era un Arabe de la tribu, que yendo de Obeid, en el Kordofan, habia costeadó el rio Blanco, que se cree ser una de las fuentes del Nilo, atravesado la Nubia, seguido las costas del mar Rojo, y el cual, antes de ir al Cairo, á donde iba encargado de una mision que hubiese hecho honor á un filántropo europeo, habia querido volver á ver su familia, de la que se habia separado hacia diez y ocho meses. La vispera habia partido del campamento de Onaleb, y por la mañana habia hecho alto en el sitio donde debiamos detenernos á la noche. Cuando estuve al corriente de aquellos diferentes detalles, pensé que á nadie mejor que al viajero podia dirigirme para obtener las noticias que deseaba, y que podia dármelas mas exactas que nadie; en consecuencia me aproximé á él, y llamando en mi ayuda todo mi repertorio árabe, que empezaba á tener alguna extension, le pregunté :

— ¿Está muy lejos de aqui la parada?

— Dios lo sabe, me respondió.

Vi que me dirigia á un fatalista, y resolví ir á parar á mi objeto dando un diestro rodeo.

— ¿Cuánto tiempo has empleado, continué, para venir de allí aqui?

— El que Dios ha querido.

No me di por derrotado, y repliqué :

— ¿Llegaremos antes de la noche?

— Si Dios lo permite.

— Pero en fin, exclamé impacientado, ¿llegaremos de aqui á una hora?

A esta pregunta empezó á contraerse su rostro con una sonrisa de admiracion como si lo que acababa de decirle fuera monstruoso é impracticable. Mas bien pronto, arrepintiéndose de aquel movimiento de duda que podia ofender la omnipotencia de Allah, su rostro volvió á adquirir toda gravedad, y respondió con la expresion de aquella fe que trasporta las montañas :

— Dios es grande.

— ¡Eh! ¿y quién diablo duda de ello? exclamé fuera de mí. No se trata de eso. Escúchame bien : te pregunto si el lugar donde vamos á acampar está lejos ó no.

Entonces extendió el brazo derecho en la direccion á que marchábamos y me dió la respuesta sacramental :

Allí está.

Convencime ya entonces que daba vueltas en un círculo vicioso, y encontrándole suficientemente extenso, resolví no agrandarlo con nuevas preguntas. En cuanto al Arabe, gozoso por haber encontrado camaradas, volvió con nosotros, dejando para el dia siguiente el continuar su camino. Tres horas despues, llegamos.

El primer aspecto de las localidades nos ofrecia al menos un blando lecho : la arena, de un color rojizo, era de una finura y limpieza extremas; ni una piedra, ni una concha alteraba la uniformidad de su superficie. Desgraciadamente estas cualidades notables habian sido apreciadas por huéspedes con los que ningun deseo teniamos de partir el lecho ; no se podia dar un paso sin encontrar huellas de lagartos y serpientes, y se cruzaban aquellas señaes en tanto número que se hubiese dicho se habia tendido sobre la llanura una red de irregulares mallas. La noche nos sorprendió sin que hubiésemos podido encontrar un terreno virgen; forzoso nos fué entonces elegir al acaso y entregarnos en manos de la Providencia. Plantaron los Arabes nuestra tienda, extendimos en ella las alfombras, á riesgo de cubrir con ellas algun agujero de lagarto ó serpiente, eventualidad la mas

expuesta á peligros, porque el reptil, sea procurando salir de su madriguera, ó queriendo volver á entrar en ella, ataca ordinariamente el obstáculo, cualquiera que sea, que le obstruye el agujero.

La cena fué triste; el día, como hemos dicho, había sido uno de los mas trabajosos que habíamos sufrido. No tenía gran confianza en el descanso de la noche; resolví, por lo demás, para no tener nada que reprenderme, hacer la última visita al rededor de nuestra tienda, y estaba ocupado en ello, con el cuerpo medio encorvado y los ojos fijos en la arena, cuando Bechara que me veía vagar de aquí para allí como alma en pena, creyó que era de su deber distraerme de aquella ocupacion, y se acercó á mí. Le pregunté si debíamos juzgar aquella patria que él había saludado con cantos tan melodiosos, por el aspecto que ofrecia desde la primera noche. Bechara me respondió que al día siguiente apreciaria por mí mismo el mérito de su país; y respondiendo á mi pregunta con otra pregunta, me dijo si la Francia valia tanto como la península del Sinai. Jamás pregunta alguna podia hacerse con mas oportunidad, para que despertase en el fondo de mi corazón las impresiones del país natal, tan poderosas y sagradas, especialmente en suelo extranjero. Llamé entonces en mi ayuda todos los recuerdos de la Francia, de la que todos los sitios se presentaban á mi memoria rodeados de una poesia que no había notado en ellos cuando los había recorrido, y que me parecían tener ahora que estaba alejado de ellos. Le hablé de la Normandía con sus escarpadas costas, su inmenso y borascoso Océano y sus góticas catedrales; de la Bretaña, antigua patria de los druidas, con sus bosques de encinas, sus montes de granito y sus baladas populares; del Mediodía, de que los Romanos habían hecho su querida provincia, tan digna la juzgaban de ser considerada al igual de la Italia, y donde dejaron esos monumentos gigantescos que rivalizan con los de Roma; en fin, del Delfinado, con sus azuladas montañas y valles de esmeraldas, en la tradicion poética de sus siete maravillas, y sus fantásticas cascadas

pintadas con los colores del arco iris, cuyo hermosísimo murmullo y deliciosa frescura, jamás sentí tanto me faltaran como en aquel momento. Bechara escuchaba mi descripción con un aire de duda cada vez mas creciente; al fin no pudo contener su admiracion, y vi estaba convencido de que en mi cualidad de pintor, me había entregado libremente á los caprichos de mi imaginacion en aquellos cuadros que acababa de bosquejarle. Le pregunté, pues, qué hallaba de extraordinario é increíble en mi relacion; reconcentróse él en sí mismo, y pasado un momento de silencio: « ¡ Escucha! » me respondió.

— Allah creó la tierra cuadrada y cubierta de piedras. Terminada esta primera obra, bajó con los ángeles, se colocó, como sabes, en la cima del Sinai, que es el centro del mundo, y trazó un gran círculo cuya circunferencia tocaba en los cuatro lados del cuadrado. Mandó entonces á los ángeles arrojasen todas las piedras á los ángulos que correspondian á los cuatro puntos cardinales. Los ángeles obedecieron, y cuando el círculo estuvo limpio, se lo dió á los Arabes que son sus hijos predilectos, y en seguida denominó á los cuatro ángulos Francia, Italia, Inglaterra y Rusia. Ya ves que la Francia no puede ser tal como tú dices.

Respeté el sentimiento que había dictado la respuesta de Bechara, por poco atenta que fuese para mí, y me abstuve de responder. Solo si me pareció sumamente curioso que fuese precisamente en la Arabia Petrea donde haya nacido semejante tradicion. Bechara me creyó vencido, y como enemigo generoso respetó mi derrota.

Nos aproximamos al círculo de los Arabes, porque no tenía ningun deseo de dormir. Aquel á quien habíamos encontrado durante la jorrada hacia el gasto de la conversacion, y Bechara, entre los demás derechos de la hospitalidad, le había cedido el de la palabra. Referia una larga historia de la que nada comprendí por el momento, pero que Bechara me narró en seguida.

Malek, este era el nombre del Arabe, se hallaba en el Cairo cuando un viajero inglés pidió un guia que subiese

por el Nilo con él, y le condujese hasta las orillas del río Blanco. Ofrecióse él, á pesar de que pasado Philoe desconocia el camino tanto como aquel á quien se encargaba de dirigir. Pero el Arabe nada ignora, porque donde termina el saber humano su fe coloca siempre el poder de Dios. En efecto, así que llegó á la Etiopia, confeso francamente al viajero que creía prudente asociarse á algunos naturales del país. El Inglés conoció fácilmente que Malek había presumida demasiado de sus conocimientos geográficos; pero como se había mostrado en todo el camino como guía complaciente y fiel servidor, le conservó para que le sirviera de intermediario con sus nuevos compañeros. Malek acompañó, pues, al Europeo hasta las montañas de la Luna. Una vez allí, tuvo deseo el Europeo de continuar su viaje á través de la Abisinia; pero Malek no había hecho su contrato sino para conducirlo hasta las orillas de Bahr-el-Abiad, ó río Blanco, y manifestó al Inglés su deseo de volverse con su tribu. Era esto muy justo para que pudiera dar lugar á contestaciones. El viajero pagó el doble de lo que había prometido, y dió su permiso á Malek para volverse, el cual compró un camello, y se volvió como acostumbra los Arabes, no siguiendo camino alguno, guiándose por las estrellas del cielo. Así llegó á Kordofan, que atravesó en toda su longitud, ya vivaqueando con su dromedario, y como él careciendo de agua y alimento, ya pidiendo hospitalidad en alguna pobre choza de negros, en las que no encontraba nunca, con gran admiración suya, mas que ancianos tocando ya al sepulcro ó niños que acababan de dejar la cuna. En las fronteras septentrionales de aquel Estado, y á dos jornadas de Obeid, su capital, si se puede dar este nombre á un confuso hacinamiento de miserables viviendas, recibió hospitalidad en una cabaña habitada, como de costumbre, por un anciano negro y niño. El niño y el anciano lloraban, aquel llamando á su madre, este á su hija. El anciano negro reconoció á Malek por un Arabe del Bajo Egipto, y le refirió su historia. De su narración citó algunos detalles que no carecerán acaso de

interés, acerca de las poblaciones del interior de Africa, tan desconocidas antes de nuestra época.

Todos los años se desborda el Nilo y fertiliza el Egipto, y por mas que Dios ha hecho ese milagro para un pueblo entero, solo el pachá es el que se aprovecha de él. Las mieses de sus fértiles riberas son para él, desde Damietta hasta Elefantina. Pero mas allá viven tribus nómadas é independientes, cuya única riqueza, como las de los antiguos reyes pastores, consiste en sus rebaños. Las mas próximas son las de los negros del Darfour y del Kordofan, y el pachá, dirigiendo sus ojos hácia ellos, ha pensado mas de una vez en probarles que formaban parte de su imperio, imponiéndoles contribuciones de sangre, en vez de los tributos de mieses y dinero que le pagan sus súbditos del Delta y el Bajo Egipto. Cuando ha tomado semejante resolución, lo cual sucede cada tres ó cuatro años, envia un regimiento de caballería y algunas compañías de infantería al Kordofan, y comienza entonces una caza semejante á la de los reyes de la India contra los elefantes, leones y tigres. Formase un gran círculo, que va estrechando gradualmente, y del que forma el centro un punto convenido, generalmente una montaña. Mujeres, niños, ancianos, hombres, animales, todos retroceden ante aquel círculo de muerte que los rodea; al fin, como aquellos animales feroces del Cabul y del Decan, que se encuentran reunidos, á pesar de la diferencia de sus razas, en algun bosque, ó acorralados en alguna ribera, todas esas diferentes poblaciones se encuentran impulsadas contra la base, los flancos ó la cima de una montaña, que cubren con una alfombra movible, y que hacen resonar con gritos lanzados en veinte idiomas distintos. Da principio entonces una de esas escenas de desolación de que no se puede tener ninguna idea en nuestra Europa, y que se encuentra en la Biblia cuando Nabuzardan, general de Nabucodonosor, se lleva cautivos los Hebreos á Babilonia. Cada individuo de aquel pueblo obra entonces segun su carácter. Aquellos que piensan defender todavía su vida, luchan y se hacen matar; los que deses-

peran, se precipitan en el abismo; los débiles de cuerpo y de espíritu, se ocultan como reptiles en el fondo de sus cavernas, de donde el humo les obligará á salir bien pronto. Todo lo que es bueno para vender, todo el que puede ser un siervo ó un soldado, una esclava ó una querida, se toma como presa, es escogida, apareada á la manera de animales de carga, conducida en rebaños á las orillas del Nilo, y van á poblar los bazares del Cairo, de Suez y de Alejandría, ó á aumentar los ejércitos del virey. No quedan mas que los ancianos que para nada sirven, y los niños, que cinco años despues serán buenos para algo. Toda la generacion intermedia ha desaparecido en un dia, como en los tiempos en que Jehová, para castigar á los perseguidores de su pueblo, hacia que los primogénitos del Egipto, desde el de Pharaon, que se sentaba en el trono, hasta el de la sierva que movía la piedra del molino, desapareciesen.

Ahora bien, aquel hombre y aquel niño en cuya casa se habia acogido Malek, era un padre y un hijo que en la primera campaña habian perdido, el uno su hija, el otro su madre. En cuanto al marido habia defendido á su familia hasta el último extremo, y viendo que no podia salvarla se habia precipitado desde lo alto de una roca; la hija habia sido llevada como esclava; el anciano padre y el niño habian quedado abandonados como capturas inútiles.

Entonces el anciano habia partido; habia recorrido la cadena de montañas que se extiende del Darfour al mar Rojo; habia atravesado el Bahr-el-Abiad, y habia llegado á Sennar en las orillas del rio Azul. Allí, encorvado todo el dia en la ribera del rio, habia por espacio de seis meses buscado por la arena el polvo del oro que está mezclado con ella; despues habia cambiado una parte de él por plumas de avestruz y habia vuelto á Kordofan bastante rico para rescatar á su hija. Pero sus fuerzas, agotadas por el viaje á Sennar le habian faltado para hacer el del Cairo, y estaba tendido en la cabaña llorando sobre su inútil riqueza, cuando Malek habia llegado á pedirle hospitalidad. El anciano le habia referido sus desgracias, y Malek le

habia dicho: « Mi tribu habita la península del Sinai: el Sinai está á ocho jornadas del Cairo; dame tus plumas de avestruz y tu polvo de oro que yo iré al Cairo á rescatar á tu hija.»

Y cuando nosotros le encontramos, Malek cumplia el sagrado compromiso que habia contraido en cambio de la hospitalidad que recibiera.

La caravana de esclavos así arrebatada al Kordofan y al Darfour, sigue las orillas del rio Blanco hasta el lugar en que desemboca en el Nilo; llegados allí, como el rio al internarse hácia el Norte forma un semicírculo de ciento cincuenta leguas próximamente, los temibles pastores de aquel rebaño de hombres juzgan inútil seguir su ribera. Todo aquel tropel de jinetes, infantes y prisioneros se preparan á atravesar las setenta leguas del desierto que se extiende desde Alfai, donde se separa del Nilo, hasta Korti donde se vuelve á encontrar; toman víveres para ocho dias, llenan los odres y se lanzan á través de aquel mar de arena caldeado por el sol del trópico. Una vez puesta en marcha, nada detiene ya á la caravana; la necesidad la impelle dejando tras de sí los dos demonios del desierto, la sed y el hambre; camina mientras dura el dia como las olas ante la tempestad. Los enfermos caen y nadie se detiene á levantarlos; las madres que no tienen fuerza para llevar á sus hijos, se tienden junto á ellos y quedan allí, las hienas y los chacales siguen de lejos la caravana, como los lobos seguían el ejército de Atila; todas las noches se detiene en una antigua estacion que se reconoce por sus huesos, y todas las mañanas vuelven á partir dejando algunos cadáveres que aumentan el osario. En fin, despues de ocho dias de marcha, ó mas bien de carrera, toda aquella gente llega rendida, anhelante, disminuida en una tercera parte, y algunas veces á la mitad, á Korti ó á Dangolah donde vuelven á encontrar el Nilo, que siguen entonces sin interrupcion hasta el Cairo. Sucede algunas veces tambien que el simoun se levanta como un gigante, se desprende sobre la caravana agitando sus olas de fuego,

y amos y esclavos desaparecen en las arenas nubias, como en otro tiempo el ejército de Cambises en las soledades de Ammon. En vano espera entonces el pachá, soldados y prisioneros; el tiempo pasa, se informa, pero su noticia se ha perdido, su huella se ha borrado, y han desaparecido como un solo hombre bajo cuyos piés hubiera faltado la tierra de repente.

No sé si estas relaciones pueden conmover al ciudadano que las escucha en su ciudad y al rincón de su hogar; pero sé que en el desierto, cuando se ha sufrido todo un día de calor, de sed y de hambre, cuando se ven levantar en el horizonte esas oleadas de arena que el soplo del kamsin puede hacer rodar sobre nosotros, cuando se oye al rededor el salvaje concierto de las hienas y los chacales, tienen una influencia suprema y solemne. Para mí, su influencia unida al temor de los reptiles me proporcionó una de las noches de insomnio de las más malas que he pasado; felizmente debíamos llegar al día siguiente al Sinai, y aquella esperanza era un bálsamo para todas nuestras fatigas, un calmante para todos nuestros dolores.

Al despertarnos saludamos á un sol magnífico que nos prometía un día hermoso, pero abrasador. Continuamos nuestro camino por medio de la arenosa llanura por donde nos habíamos internado, y en seguida entramos en esos *ouaddi* pedregosos de montañas volcanizadas y paredes graníticas á lo largo de las que se deslizaban los rayos del sol como cascadas de luz. De antemano nos causaba espanto nuestra parada del medio día en medio de semejante horno, cuando á una revuelta de aquel vallado nos detuvimos mudos de sorpresa y admiración. Las montañas más magníficas por su colorido y forma se dibujaban ante nosotros en su severa desnudez destacándose sobre un cielo azul claro. Era aquello la realidad, el teatro de las grandes escenas que refiere el Exodo. Aquellas masas de granito eran efectivamente dignas de ser elegidas por Dios para su trono, y la voz del Señor no podía encontrar, á mi parecer, en todo el mundo un lugar más severo y más solemne en

donde dar á Moisés las leyes que debían regir á su pueblo, y ante aquella naturaleza muda, árida y desolada, donde ni una huella de vegetación se ve en aquellas rocas estériles, los Israelitas debieron comprender que no tenían que esperar socorro más que del cielo, ni poner su esperanza más que en Dios. En medio de aquel paisaje primitivo era donde los Arabes, admiradores como todos los pueblos salvajes de los grandes espectáculos de la naturaleza, habían elegido su patria. Aquel horizonte que se desarrollaba á nuestros ojos era el que saludaban cada vez que salía y siempre que se ponía el sol. Así, impresionados como nosotros al aspecto de aquel panorama grandioso, y enternecidos además por el regreso á la patria, cesaron de hacer ruido y de conversar; la caravana, después de un instante de reposo, entregada á la sorpresa, volvió á emprender su camino, callada y retraída, mientras que nuestros dromedarios, tomando por sí mismos un paso más veloz, nos indicaban que no eran más insensibles que sus amos al amor patrio. Después de cinco horas de marcha por aquel espléndido desierto vimos al otro lado de un barranco el campamento de la tribu de Onaleb-Saide.

Las tiendas eran numerosas y formaban un gran círculo. Algunas, más elevadas, pertenecían á los cheiks, todas estaban contiguas, y un solo paso practicado por la separación de dos de ellas formaba la entrada del campamento. Aquellas tiendas no tienen la forma de las nuestras: se componían de largas piezas de un tejido de lana y pelo de camello, con rayas blancas y grises, tendidas sobre cañas, y sostenidas transversalmente por piés de madera. Los dos extremos de aquella tela, después de formar un techo cuadrado, volvían á caer por ambos lados á tierra, y allí estaban sujetas por grandes piedras colocadas en las puntas. Las tiendas de los cheiks, que ya hemos dicho eran mayores que las demás, estaban formadas por el mismo modelo; solo sí, de una caña colocada transversalmente, colgaba una tela que cayendo hasta el suelo, dividía la tienda en dos habitaciones. Así que nos divisaron, vimos salir de

las tiendas seres en cuyo rostro se pintaba la agitacion; mas al punto el campo entero, habiendo reconocido á sus hermanos que volvian, se lanzaron á nuestro encuentro dando gritos de alegría y produciendo unos sonidos semejantes á los que habíamos oido en la procesion nupcial del Cairo. Las mujeres se adelantaban á la cabeza con los niños, y ya nos felicitábamos de poder examinarlas de cerca, cuando de repente emprendieron la fuga. Habian reconocido nazarenos en la caravana. Por su parte nuestros hombres no hicieron una señal para detenerlas, de suerte, que á los pocos momentos las vimos precipitarse de tropel en el campamento, y desaparecer bajo sus respectivas tiendas, como abejas asustadas que vuelven á entrar en sus colmenas. Los ancianos, los guerreros y los niños se quedaron solos. En pocos minutos llegamos á donde estaban, y nuestros dromedarios se arrodillaron sin esperar la señal de Tonaleb.

Nos presentaron á los ancianos de la tribu, los cuales nos hicieron entrar en la tienda que tenia aspecto mas bonito; era la de Tonaleb. nuestro jefe nos hizo con suma bondad los honores de ella, haciéndonos sentar, y sentándose él mismo junto á nosotros con los mas notables de sus compañeros. Pasáronse algunos instantes en disfrutar del fresco de la sombra, y trajeron un plato de madera lleno de una crema de una blancura tan extraordinaria, que solo con verla producía una sensacion de frescura agradable. Me volví hácia Abdallah, señalándole con los ojos aquel maravilloso plato; pero respondió á mi mirada con un gesto de desden que atribuí al desprecio que le inspiraban las preparaciones rústicas de la tribu de Onaleb-Saide, comparadas con la ciencia culinaria que habia él estudiado en la capital. Despues de algunas ceremonias que me parecieron demasiado largas, tanto deseo tenia de aquella crema, se decidió Mr. Taylor á meter la mano en la hortera, tomó un puñado de crema y la llevó á su boca; sin embargo, con grande admiracion mia, no vi, despues de haberla probado, que manifestase ninguna

señal de satisfaccion; verdad es que no por eso dejó de acabar el líquido que quedaba en el hueco de su mano, con una fisonomía tranquila en la apariencia, pero en la que me pareció reconocer mas bien la fuerza de voluntad de un hombre dueño de sí mismo que la satisfaccion de un sediento convidado que encuentra al fin algo con que refrescar su paladar. Aprovechando entonces aquella prudente lentitud árabe que en las ocasiones solemnes emplea un intervalo de algunos segundos entre cada frase, movimiento ó accion, pregunté á Mr. Taylor cómo encontraba la bucólica bebida que acababan de presentarnos.

— Esto, me respondió con una perfecta filosofía, no se parece á nada de lo que conoceis; probad, es muy extraño.

Esta respuesta me causó alguna desconfianza; pero tranquilizado por la apetitosa apariencia de aquella malaventurada crema, metí la mano á mi vez, y llevándola á mi boca tragué todo lo que podía contener de una vez. La sorpresa fué horrible, y no tan buen diplomático como mi amigo, la descubrí al instante, no solo por la expresion de mi rostro, sino tambien con mis palabras. Pedí agua á gritos, y me trajeron al punto una calabaza llena que tragué sin poder quitarme el gusto que me habia dejado aquella infame preparacion. Pedí por señas otra, y la gasté, la mitad como la primera, y lo demás en enjuagarme la boca. Abdallah, en quien se fijó mi extraviada vista por casualidad mientras yo me entregaba á aquel ejercicio, me miraba como un hombre que habia previsto perfectamente lo que acababa de suceder, pero que no habia querido privarse de aquel agradable espectáculo.

Componiase aquel plato, como supe despues, de queso hecho de leche de camella, de aceite y cebollas cortadas en pedazos del tamaño de guisantes: batida esta mezcla, todavia le añadian algunos ingredientes tan homogéneos como los dichos, y de aquella impura mezcla resultaba el veneno que nos habian servido. Por lo demás, nuestra repugnancia era completamente europea á lo que pareció,

porque apenas Mayer hizo, con el mismo resultado, el ensayo que me fué tan funesto, se arrojaron los Arabes sobre la hortera, y comieron con delicia aquella preparacion, que me hizo aborrecer la leche para todo el viaje.

Mientras despachaban ellos aquel primer plato, examinaba yo con curiosidad el interior de una de aquellas tiendas que no han sufrido alteracion desde Abraham, y cuya tradicion ha trasportado Ismael desde la tierra de Canaan al centro de la Arabia Petrea. Seguia yo, pues, con la vista una de aquellas rayas grises formadas con la lana de las ovejas negras, cuando me pareció ver á través de la tela una hoja de puñal. Pasó cortando la lana en una longitud de dos pulgadas próximamente, y en seguida desapareció; dos dedos finos y delgados cuyas uñas estaban pintadas de encarnado la reemplazaron, separando los bordes de la tela que la hoja acababa de separar, y un ojo negro y brillante apareció entre los dos dedos; eran las mujeres árabes, que deseosas de ver á los nazarenos, y no queriendo sin embargo ser vistas por ellos, no habian encontrado mejor medio de satisfacer su curiosidad sin desobedecer la ley, que practicar aquella aberturita en la que se sucedia otro ojo cada cinco minutos, en todo el tiempo que permanecemos sentados bajo la tienda de Tonaleb.

En tanto, y mientras aquellas mujeres nos examinaban á su placer, sus maridos habian hecho desaparecer la crema de aceite y cebollas que nos presentaron para empezar. Siguió á esta un enorme plato de arroz; pero ahora, instruido ya por la experiencia, no lo probé sino tomando algunas precauciones necesarias. Este nuevo plato tenia al menos la ventaja de no tener sabor alguno, ni bueno ni malo; estaba cocido en agua, y si no era una apetitosa golosina para el paladar, al menos no repugnaba al estómago.

Terminada la comida, pensamos en pagar nuestra hospitalidad con regalos. Llevábamos algunos pañuelos de colores vivos y variados, que distribuimos á los muchachos

árabes. Estaban estos completamente desnudos, y llevaban al cuello, colgado de una trenza de crin, un cascabel, cuyo uso pregunté. Supe entonces que por la noche, cuando la tribu va á entregarse al reposo, hacen entrar en el recinto primero á los dromedarios, despues á los carneros, y por último á los niños. Cuentan cada rebaño, siguiendo el órden que le asigna su importancia, y si algun niño falta al llamamiento, los padres van en su busca llamando y escuchando. A falta de la voz, el ruido del cascabel los guia, el niño extraviado ó fugitivo es encontrado ó cogido, y llevado al campamento, que no se cierra hasta que se ha reconocido perfectamente que no falta ninguna cabeza.

Por lo demás, aquellos niños, por pequeños que fuesen, tenian una maravillosa destreza para hacerse al instante adornos ó trajes con los pañuelos que les dábamos. Los colocaban en forma de turbante al rededor de su cabeza, se improvisaban un faldellin, ó los dejaban colgar en forma de mantos, y casi siempre aquellos adornos eran de mucho gusto. Bosquejé algunos, muy abstraídos en su alegría para advertir que yo sacaba su retrato, el cual en otras circunstancias no se hubieran decidido fácilmente á dejarme sacar.

Nuestros guias, en agradecimiento de nuestro buen proceder para con ellos, ó acaso tambien para prolongar algunas horas nuestra parada en la tribu, querian añadir á la leche y al arroz el *harouf machi*, ó el carnero asado en la brasa. Rehusamos estóicamente, por mas que sin contradiccion era el mejor plato de la comida árabe. Nos hallábamos á pocas horas de camino del Siná. Teniamos prisa de llegar allá, y para hacerlo antes de la noche no podiamos perder tiempo.

Las despedidas se hicieron con la dignidad árabe. Por otra parte, ahora la separacion no era larga. Nuestra escolta, que no podia entrar en el convento, se volvia en la misma noche. Montamos en nuestros dromedarios sin detenernos mucho, y á la media hora entrábamos en el oasis

de Santa Catalina que conduce al pié del Sinaí. El camino es montuoso, difícil y escarpado; pero llegábamos al fin, y aquella idea allanaba el camino, le embellecía, suavizaba las pendientes. El mismo sol, aunque abrasador, parecía agradable y mucho mejor el sufrirlo que la vispera. Sin embargo, hacia dos horas que seguíamos aquel áspero camino, y á pesar de la influencia moral comenzábamos á sentir una fatiga física real, cuando al volver tras una enorme roca que nos ocultaba el horizonte, nos encontramos al pié de la montaña de Santa Catalina, elevada como una reina por encima de las inmediatas. Sobrepujándola toda su cima ostentábase á la izquierda el magnífico Sinaí, y á la vertiente oriental del monte sagrado, como á la tercera parte de su altura, se nos presentaba el convento, inexpugnable fortaleza edificada en forma cuadrilátera irregular, y por el lado Norte un vasto jardín, que se extiende en descenso á lo largo de la última colina, uniendo la montaña al valle, rodeado de paredes menos altas que las del convento, pero no obstante al abrigo de un golpe de mano, alegrando con el ramaje de los árboles la vista no acostumbrada al verdor.

El Sinaí es el punto culminante de la cadena de montañas que se elevan como la espina dorsal de la península, y que termina caprichosamente y de un modo rápido en el mar Rojo, donde se pierden sus últimas puntas de granito en una arena dorada.

En el momento en que llegábamos á las paredes del jardín, que se elevan por encima del sendero, un Arabe ricamente vestido pasó junto á nosotros, nos dirigió un saludo á que contestamos, y se aproximó á Tonaleb, con el cual cambió algunas palabras; en seguida continuó su camino siguiendo el de donde veníamos. Continuamos entonces á lo largo de las interminables tapias del jardín, á cuya sombra encontrábamos de trecho en trecho miserables beduinos desnudos ó andrajosos, atraídos por la vecindad del monasterio, y viviendo así de la caridad de los frailes, como los pobres á la puerta de nuestras iglesias, viven de limosna de los fieles.

Al fin, á las paredes del jardín sucedieron las del convento; despues de inauditas fatigas, tocábamos en el puerto que la devoción de los cristianos ha sabido conservar á los viajeros en aquel océano de arena y en medio de aquellas rocas de granito. Esta era nuestra tierra prometida, y dudo que los Israelitas desearan mas vivamente la suya que nosotros esta.

No obstante, una simple ojeada me convenció de que no habíamos llegado al término del camino. Veíamos sí, una pared, pero en aquella pared en vano buscábamos una puerta. Sin embargo, á la mitad de aquella fachada, que daba frente á Oriente, Tonaleb, con gran sorpresa nuestra, dió la señal del alto silbando á los camellos. Arrodiáronse estos como de costumbre, buscando la sombra que las altas paredes proyectaban ante ellos. Detuvimonos, pues, á pesar de no comprender la causa de aquel alto. En el mismo instante una ventana abrigada por un cobertizo, se abrió, y un monje griego, vestido de negro, cubierta la cabeza con un sombrero redondo sin alas, sacó la cabeza con precaucion, á fin de examinar qué especie de gentes éramos. Separámonos de los Arabes y nos aproximamos á la ventana, elevada treinta piés próximamente, y dirigiéndonos al portero, le dijimos que éramos Franceses, y que veníamos del Cairo para visitar el convento. Nos preguntó si teníamos cartas del sucursal. Le enseñamos entonces las que nos habian dado en las fuentes de Moisés los dos frailes que nos habíamos encontrado. Al punto bajó una cuerda; este era el correo del convento. Atamos á ella nuestras cartas, y la subió. El fraile las cogió y desapareció con ellas.

No sabíamos lo que aquellas cartas contenian: no habíamos podido leerlas, estando escritas en griego moderno; además, ignorábamos la posición de los que nos las habian dado, y si su recomendacion era bastante poderosa para abrirnos la puerta de la santa fortaleza. Adivinase, pues, cuán largo nos pareció el cuarto de hora que se pasó sin que viésemos volver al guardian, que se habia llevado consigo

nuestra última esperanza. ¿Qué íbamos á hacer si aquellas cartas eran insuficientes, y si nos negaban la entrada? Volver al Cairo despues de haber andado cien leguas á través del desierto para no contemplar mas que las paredes del convento, por mas pintoresco que fuese, era una desagradable perspectiva. Nos mirábamos, pues, los unos á los otros con un aire bastante descósolado, cuando la ventana se volvió á abrir, y se acercaron á ella los monjes para mirarnos unos despues de otros. Estudiamos al punto el modo de dar á nuestras fisonomías el aspecto mas simpático posible. Al parecer conseguimos inspi arles una confianza completa, porque despues de una corta conferencia que dos padres, al parecer de autoridad en la comunidad, tuvieron, bajó la cuerda de nuevo, pero ahora adicionada con un gancho. Nuestros Arabes descargaron al punto nuestros camellos. Aquella cuerda iba á buscar los equipajes, los cuales, sin que todavía se tratase para nada de nosotros, comenzaron su ascension, y desaparecieron sucesivamente, devorados por aquella boca abierta en medio de la pared. Pedimos á Bechara la explicacion de aquella extraña conducta, pero nos dijo que era el modo de proceder de los frailes, que empleaban aquel medio por temor de una sorpresa, pero que despues de la ascension de nuestros equipajes, nos llegaría el turno inmediatamente. En efecto, subido el último paquete, permaneció un instante la cuerda invisible; en seguida volvió á aparecer con un palo atado de través á su extremo : esta era nuestra silla.

Bechara nos explicó entonces una cosa que ignorábamos completamente, y es que el convento del Sinai no tiene puerta. Los frailes han creído que debían tomar esta precaucion, por mas que presentase algunos inconvenientes, á fin de estar siempre al abrigo de una sorpresa. Íbamos, pues, á tomar el camino de nuestras maletas : era el mismo que los buenos padres seguían y que nos era preciso adoptar, á menos que los frailes se decidiesen á hacer con nosotros lo que los Troyanos hicieron con el caballo de madera, lo cual no era probable. Nuestra comitiva no podía acompa-

ñarnos al interior del convento, debiendo volverse con su tribu. Nos despedimos de Tonaleb, de Bechara y todos los demás, despues de convenir con ellos que en la mañana del octavo dia volverían á recogernos, segun lo contratado, para conducirnos otra vez al Cairo. Mientras arreglaba yo esto con nuestros guías, Mr. Taylor solicitaba y obtenía la entrada de Abdallah y Mohammed en el convento.

Sea interés ó curiosidad, no quisieron dejarnos nuestros Arabes hasta que verificáramos la ascension. Mayer, en su cualidad de oficial de marina, nos enseñó el camino. Subióse en el palo como los revocadores que se mecen en las calles de París sobre las cabezas de los transeuntes, y luego en cuanto hizo señal de que podía empezar la ceremonia, se elevó majestuosamente por los aires; llegado á la altura de la ventana, un robusto lego le atrajo á sí como había hecho con nuestras maletas, y le puso en lugar seguro. Seguimos su ejemplo, no sin alguna inquietud por mi parte, lo confieso, y llegamos á buen puerto; Abdallah y Mohammed nos siguieron.

Tonaleb, así que vió entrar al último de nosotros, dió á su vez la señal de marcha, y toda la caravana, despues de habernos saludado de viva voz y con las manos, volvió á partir al galope de sus dromedarios.